

# La antigüedad de México y de la India

## *Ancient Mexico and India*

Miguel Ángel Echegaray

Instituto Matías Romero, SRE  
*mechegarayzuiga@yahoo.com*



### **Resumen:**

En este artículo se presenta la visión de Octavio Paz sobre la antigüedad de la India y su relación con las culturas de Mesoamérica. Se fundamenta en los intereses arqueológicos que el poeta cultivó desde su juventud y que luego expuso en diversos ensayos encaminados a desentrañar los orígenes y el acontecer del arte mexicano; sus transformaciones e influencias; sus continuidades y sus discontinuidades.



### **Abstract:**

This article explores Octavio Paz's views on Ancient India and its relationship to the cultures of Mesoamerica, based on the poet's interest in archaeology, which he cultivated from an early age and later expounded in essays in which he unravels the origins and actualities of Mexican art, its transformations and influences, its continuities and discontinuities.



### **Palabras clave:**

Antigüedad, India, Mesoamérica, Arqueología, Arte.



### **Key words:**

Antiquity, India, Mesoamerica, Archaeology, Art.

# La antigüedad de México y de la India

*Miguel Ángel Echegaray*

En su último informe como diplomático o, como se acostumbraba decir, en su “pliego de mortaja”, Octavio Paz se refiere a los logros alcanzados durante su misión y apunta dos de ellos, los más sobresalientes: una sólida relación política, y una no menos sólida relación cultural. La comercial, la económica y las demás quedaron en un nivel incipiente. Pero lo del diálogo cultural, me parece, tenía otros resortes no advertidos con facilidad. Como si fuera un juego de espejos, el poeta hace la “lectura de México frente a la India; y de la India frente a México”.

Emprende la escritura de *Conjunciones y disyunciones*, libro que en el año de 1969 publica la editorial Joaquín Mortiz. Es el resultado, no ceñido al pedido de su amigo Armando Jiménez, de un prólogo a la edición de su libro *Nueva picardía mexicana*.

En el proemio del libro, Octavio Paz reconoce: “Acepté y no había escrito unas cuantas páginas cuando me di cuenta de que, en lugar de ceñirme al tema, me perdía en vagabundeos y divagaciones. Decidí seguir a mi pensamiento sin tratar de guiarlo y el resultado fue este texto: comienza por ser un comentario al libro de Jiménez pero pronto se interna por regiones distintas, aunque colindantes con la picardía”.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Octavio Paz, *Conjunciones y disyunciones*, México, Joaquín Mortiz, 1969, p. 7.

Era, al parecer, una nueva impronta que le ponía su estancia en la India. La demasiado sobada e ingeniosa picardía mexicana, rebosante de dobles sentidos y del “me lo fregué con solamente tres pases sintácticos muy agudos”, le permiten obviar la reseña y ponderar lo que la picardía sexual, en nuestra cultura, ilumina y oscurece de nuestras pulsiones, lo que, en contraste, descubre y consume una diferencia: la sexualidad y el erotismo en la India es una disyunción, con respecto de las mismas prácticas en México. Este ensayo merece una glosa que, hasta ahora, no conozco o no se ha hecho. Éste es apenas un atisbo, un acercamiento precario e incompleto. Es algo que me parece necesario y no sé qué tan urgente, pues, como diría no hace mucho tiempo Michel Foucault: “Deberíamos investigar si durante tantas épocas históricas y culturas ha sido tan importante la sexualidad”.

En este texto quiero, sin embargo, desplazarme a algo que sí he indagado detenidamente en la obra de Paz como otro sustrato de su cercanía con la India. Me refiero a la arqueología. En su juventud, Octavio Paz realiza excursiones y “exploraciones arqueológicas” en compañía de Salvador Toscano —cabe recordar que Toscano publicó un grueso volumen donde estudia las diferentes culturas mesoamericanas; libro que compartió con el poeta.

Son los años en que es cercano —y al parecer no sería después lejano a esa familia con la que convivió mucho, particularmente con Carmen Toscano y quien fue su esposo, Manuel Moreno Sánchez, con los que animó la revista *Barandal*— a una familia que lo apreció mucho y con la que tuvo largo trato, a grado tal que, según se dice, fue Manuel Moreno Sánchez, senador de la República, el que recomendó al presidente Adolfo López Mateos reconocer y ascender a Paz con el rango de embajador de México en la India. No sé si esto sea cierto, Paz fue siempre un profesional de la diplomacia coherente y compartía los principios de la política exterior mexicana, aunque, es sabido, en los caminos de la meritocracia se requiere a veces un empujoncito.

Desde su juventud, Octavio Paz se convirtió en un estudioso de las culturas precolombinas y el arte que prohicieron. Indagación sobre el mundo precolombino que gravita no solamente en sus textos sobre arte, sino también en su poesía y sus ensayos de corte político.

En el año de 1962, preludio de su viaje a la India, escribió un ensayo para la exposición *Obras maestras de México en París*, en el que contradice de alguna manera al influyente historiador Toynbee, quien propuso la existencia de seis civilizaciones realmente originales: la egipcia, la sumeria la sínica, la minoica, la maya y la andina. Paz replica y apunta que:

Las cuatro primeras, o sus descendientes, pronto entraron en relación, al grado que la historia de los tres continentes en que nacieron es una historia común [...] En cambio, la civilización de los Andes y la mesoamericana, que Toynbee llama con inexactitud maya, nacieron solas y solas crecieron [...] Separados del resto del mundo por dos océanos, aislados entre ellos por desiertos, [...] los indios americanos no tuvieron más remedio que inventarlo todo, desde la agricultura y las armas hasta la escritura, los dioses y la astronomía.<sup>2</sup>

Tres años más tarde; Paz publica dos amplias apostillas sobre su texto original. Su criterio va modificándose poco a poco:

Encuentro —escribe— aparte de otros y más obvios defectos, dos afirmaciones que necesitan ciertas aclaraciones. La primera: mi tendencia a ver el arte antiguo de México desde la perspectiva de las concepciones cosmogónicas prevalecientes a la llegada de los españoles; la segunda: la originalidad de la civilización mesoamericana, afirmada con demasiado énfasis en los primeros párrafos del artículo.

[El poeta propone que] todas las culturas indígenas de México, son ramas de una misma civilización. Puede discutirse si nacieron de una raíz común —los “olmecas” y la gente del preclásico— o si hubo brotes independientes, aunque más o menos simultáneos, en las distintas zonas; no puede discutirse la relación íntima entre ellas, tanto

<sup>2</sup> O. Paz, “Obras maestras de México en París”, en *Puertas al campo*, México, UNAM, 1967, p. 151.

en el tiempo como en el espacio. Por lo primero, la civilización mesoamericana presenta una continuidad mayor de dos milenios; por lo segundo, una contigüidad geográfica no menos definida.

[Según su parecer,] se trata de una unidad fluida: una corriente más que un esquema, una sensibilidad más que un estilo, una visión del mundo más que una teología.<sup>3</sup>

Ha mudado de criterio y para ello se auxilió de lo que él mismo denomina “la unidad de la civilización de la India”, a la cual califica de “no menos acentuada que la de Mesoamérica”.

En su correspondencia con Jean-Clarence Lambert, poeta y traductor francés, le participa que en países como la India o Afganistán ha podido, entre otras cosas, “practicar la arqueología”. En otra misiva posterior, le expresa que ya no se reconoce en los artículos y notas que reunió en su libro *Puertas al campo*—que estaba recién publicado en México—, redactados antes de irse a la India. Sus textos escritos ahí, en Delhi, señala: “se refieren sobre todo a las relaciones —subraya— no imposibles, entre la América precolombina y Asia, así como a otros temas conexos”.<sup>4</sup>

A otro apreciado corresponsal, el poeta Tomás Segovia, le comenta que: “*Puertas al campo* es un libro desigual. Sin embargo, salvo dos cosas: lo de Guillén y, sobre todo, ‘Risa y penitencia’. Desde otro punto de vista, que no sé si llamar científico, las ‘Dos apostillas’. ¿Qué dirán nuestros antropólogos, arqueólogos y críticos de arte?”.

Así pues, Octavio Paz experimenta en esos años una pasión intelectual por las relaciones “no imposibles” entre las antiguas culturas de México y de la India. De nueva cuenta, le refiere en otra carta a Segovia, que en *Puertas al campo* existen textos que están mal desarrollados, por ejemplo:

Asia y América. Acabo de hacer un viaje por el sur de la India y al ver de nuevo las esculturas del periodo Palaba (siglos VII al IX

<sup>3</sup> O. Paz, “Dos apostillas”, en *Puertas al campo*, p. 164.

<sup>4</sup> O. Paz, *Jardines errantes: Cartas a J. C. Lambert, 1952-1992*, Barcelona, Seix Barral, 2008.

de nuestra era) me pareció evidente un parentesco con las obras mayas. No se trata, por supuesto, de influencias ni de contactos históricos —la cronología impide, *por ahora*, pensar en esa posibilidad—, sino de una misma concepción del espacio y de la forma, una visión estética que se nutre de las mismas fuentes. El parecido es estético y físico —quiero decir: una concepción semejante y un tipo racial de belleza idéntico, como dos fotos de unos gemelos, cada uno en un paisaje distinto y vestido de manera diferente. [Y agrega una especie de premonición:] Creo que no está lejano el día en que podrá probarse que, además del parentesco con la China pre confuciana (ya aceptado universalmente), el arte mesoamericano tiene una relación estrecha con el sudeste asiático (India del sur, Cambodia, Indonesia y, en menor grado, Ceilán). La diferencia consiste en que en América no hubo influencia del norte de la India, una civilización que a su vez sufrió la influencia perso-helénica.<sup>5</sup>

Provocador como fue el poeta, cierra su carta a Segovia con estas expresiones: “Como en México la tesis oficial es la de la autoctonía absoluta de las civilizaciones americanas —una tesis que resiste cada vez menos las pruebas, internas y externas, de la crítica— no creo que los especialistas comenten mi artículo”.<sup>6</sup>

Cabe hacer aquí un alto para una reflexión. No he rastreado ni documentado cuál fue la atención que en México se le prestó a su libro *Puertas al campo*, en general, y a sus “Dos apostillas” en particular, por parte de los antropólogos, los arqueólogos y los críticos de arte. Creo que debe hacerse tal tarea; por lo pronto, debo admitir que durante esos años, en efecto, la autoctonía absoluta de las culturas americanas se tambaleaba. En ese debate, el nombre de Octavio Paz no aparece, amén de que la concepción que propone como avanzada fue en realidad una relativización de

<sup>5</sup> O. Paz, *Cartas a Tomás Segovia (1957-1985)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 114.

<sup>6</sup> *Idem.*

tal autoctonía. En otras palabras, durante la década de los años sesenta del siglo pasado ocurrió un parricidio singular. El connotado antropólogo, luego rudamente denostado, Paul Kirchhoff, a quien se le llamó “el padre de Mesoamérica”, afirmó en un artículo del año 1944 y olvidado, no sé si deliberadamente, que “la investigación moderna, llevada a cabo por Nordenskiöld, Rivest, Krickeberg y muchos otros, ha demostrado que la América indígena lejos de haber sido ‘un mundo aparte evolucionando sobre sí mismo’, siempre fue, en mayor o menor escala, lo que es hoy en día: parte del mundo”.

Pero si bien este artículo pasó desapercibido, principalmente para los directivos, del Instituto Nacional de Antropología e Historia de esa época, fundado en 1939 y al que acompañaba un hálito fuertemente nacionalista, las nuevas corrientes de la investigación antropológica se abrieron paso decididamente en algunos sectores de la antropología, la arqueología y la crítica de arte mexicana.

No obstante la circulación de tales investigaciones, señaladamente la contenida en el libro *Las antiguas culturas mexicanas*, publicado en español por el Fondo de Cultura Económica en el año de 1964, mismo que leyó Octavio Paz y citó de primera mano, la antropología oficial se aferraba a un catecismo incompleto atribuido a Kirchhoff, es decir, la relatoría que hubo de hacer después del 27 Congreso Internacional de Americanistas, realizado en México en 1939. En la publicación se recogieron los trabajos de varios especialistas sobre las áreas culturales de América; en su primera edición, Kirchhoff advirtió, en el párrafo final, que se trataba de investigaciones e interpretaciones preliminares sobre la singularidad de Mesoamérica. Sin embargo, en ediciones posteriores y como el trabajo se perfiló como libro de texto en México, se omitió ése último párrafo.

Paul Kirchhoff se convirtió en el apestado de la antropología oficial mexicana. Sin embargo, como era un hombre tozudo, a pesar de condiciones precarias y groseras, se creció frente al castigo y continuó con sus investigaciones. A Octavio Paz, supongo, le debió interesar uno de los últimos trabajos publicados por Kirchhoff. Participó en el 35 Congreso Internacional de Americanistas, realizado también en México en 1962. Ahí presentó su ponencia: “The Diffusion of a Great Religious System from

India to Mexico”, en la cual plasmó una orientación introductoria al ancho y extenso campo de las posibles relaciones de la India y México en la época precolombina, con énfasis particular en la estructura socio-política de ambos territorios. Supongo que para el poeta pudo ser una información a la que al parecer no tuvo acceso.

Supongo también que su precipitada salida de la India le impidió continuar con sus indagaciones de corte arqueológico y antropológico, necesarias ambas para elaborar una reflexión sistemática y unitaria del acontecer del arte mexicano desde sus orígenes. O, simplemente, abandonó su empeño. Advierto que, al mismo tiempo, echó mano de otros argumentos para pensar y relativizar tal acontecer: el arte moderno como una formidable mediación. Dice algo así, y cito de memoria, el arte moderno nos enseñó que una escultura africana, un fetiche polinesio, son nuestros contemporáneos. De ahí que el arte precolombino sea hoy también nuestro contemporáneo.

Cierro este ensayo con una alusión al texto de Octavio Paz, *Vishumbres de la India*, publicado en el año de 1997. En él concluye, entre otras cosas, que:

La antigüedad de la civilización india es enorme: mientras la civilización del valle del Indo florece entre 2500 y 1700 a. C., la cultura “madre” de Mesoamérica, la olmeca, se desarrolló entre 1000 a. C., y 300 de nuestra Era. Otra diferencia aún más notable: las culturas mesoamericanas nacieron y crecieron en el aislamiento total hasta el siglo XVI; la India, en cambio, estuvo siempre en relación con otros pueblos y culturas del Viejo Mundo.<sup>7</sup>

En suma, Octavio Paz declinó su aventura arqueológica y conservó una interpretación, quizá no tan plausible, pero valiosa, para intentar explicar nuestro origen y nuestros resortes históricos: nacimos solos y crecimos solos, hemos vivido en la “soledad histórica”.

<sup>7</sup> O. Paz, *Vishumbres de la India*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1997, p. 98.